



En plena navegación, nos mantenemos juntos para cuidarnos unos a otros

La Tortuga desde el mar

Navegar a remo para disfrutar –poco a poco– los azules insulares

La felicidad de aventurarse en un kayak genera la sensación de que uno le hace trampa al mundo. Practicarlo en la Isla venezolana es como convertirse, al mismo tiempo, en coral, pez, arena y mar. Cada gota de sudor es una sonrisa y los brazos, el único motor

Arianna Arteaga Quintero

Nunca he sido una persona de brazos fuertes y cuando supe que navegaría 20 kilómetros en un kayak, la verdad es que me sentí insegura. Aún así, había algo más forjado que mis brazos y era la emoción de ir a La Tortuga. Esa isla deshabitada de humanos y superpoblada de azules, playas y atardeceres. La idea de estar ahí, viendo al infinito, sin ser molestada por el sonido o el olor de los motores, hizo que el plan se pintara perfecto. Bracitos pa'qué te tengo.

El trayecto

Lo primero era llegar a La Tortuga. Salimos de Carenero a las 5:00 am. Habíamos dormido en las camillas extensibles de la piscina y nos montamos medio torcidos en el yate. Cinco horas. Algunos aprovechamos para recuperar el sueño mientras otros sufrían los avatares del mareo. Cuando estábamos a punto de desesperación, el azul marino oscuro se tornó en manchas de colores turquesas y verdes. Una franja de arena blanca brillaba en el horizonte. Me sentí Rodriga de Triana –“La Tortugaa!”–.

La primera pausada

Aramis, encargado de todo el paseo, se faja junto con sus guías a bajar los kayaks del barco. Nos ponen los chalecos salvavidas, asignan palas, botes... y al agua todo el mundo. Cuando vi que el yate se alejaba, supe que sólo contaba conmigo, estaba asustada y emocionada. Nos dirigimos a Punta Arenas, la playa que estaba justo al frente. Ahí comimos, nos dimos un baño de mar y arrancamos a navegar otra vez bordeando la costa.

Me asombra cuánto me cuesta mantener el ritmo, escucho a unos compañeros que cuentan del uno al diez cantando. Me uno mentalmente a ellos un buen rato. Paramos en una playita para descansar un poco porque nos toca un tramo en mar abierto hasta Cayo Herradura y había una nube negra amenazando nuestras cabezas. Llevábamos un par de horas y faltaba una más. Pero, ¡pa'lante es pa'lta! “Umno, doos, treces, cuantro...”

Llegamos al lugar donde pasaríamos la noche, armamos campamento y nos dedicamos a echar los cuantos. Es sabroso compartir con el resto del grupo, todos tienen una anécdota divertida o les duele algo. Las mejores son las de los que van en pareja, el trabajo en equipo puede complicar las cosas hasta niveles hilarantes. Mientras tanto, la vista se distrae feliz ante un atardecer psicodélico.



Preparando los kayaks para repartirlos y comenzar la travesía

Fotos Arianna Arteaga Quintero



Desembarcando en El Tortuguillo, donde terminaba nuestro viaje

Hasta que te acostumbras

Ya el segundo día es otra cosa. Amanecemos entre aguas cristalinas, arena blanca y el cielo azul. Las gaviotas nos ofrecen los buenos días. Los brazos duelen, pero no importa. Desayunamos, recogemos todo y a navegar de nuevo. El cuerpo se acopla más rápido al esfuerzo. Veo el próximo cayo, allá lejos, sin sentir sustico. Ya sé que puedo. Es pura emoción y disfrute.

La camaradería se siente, nos chalequeamos, comentamos los colores del agua y paramos a bañarnos cada vez que lo pide el cuerpo. Se siente la euforia generalizada, parece el efecto inmediato de rodearse de un paisaje tan puro.

Esta parte del trayecto es espe-

cialmente bonita. Al acercarnos al primer Tortuguillo, entramos en un banco de arena que convierte al agua en una piscina aguamarina que nuestros ojos no pueden creer. Nadie para de sonreír.

El regalo final

La Piscina. Así se llama la formación creada por una barrera de coral que hace que, en ese espacio, el agua sea imposiblemente más tranquila y azul turquesa que en el resto de la isla. Nos pasamos horas bañándonos y conversando. Todos tenemos brazos un poco más fuertes, sonrisas mucho más llenas y pupilas encendidas de mar, cielo e inmensidad. Nos esperan otras cinco horas en el yate, pero ya nada importa en el mundo.

PARA SABER

La Tortuga, ubicada en la cresta de una serranía submarina, es la segunda isla más grande de nuestras aguas con 171 kilómetros cuadrados. Se encuentra a 52 millas náuticas de Carenero. La acompañan hacia el noroccidente las islas Los Tortuguillos y al norte de éstas, Cayo Herradura. Carece de fuentes de agua dulce. Durante los siglos XIII al XV, fue refugio de piratas, filibusteros y bucaneros famosos, como Henry Morgan.

El recorrido

Salimos de Punta Arenas a Cayo Herradura, primero bordeando la costa y luego haciendo una travesía corta a mar abierto, son 10 kilómetros aproximadamente. Acampamos en ese cayo, y de ahí a Los Tortuguillos son otros 10 kilómetros.

La embarcación

Utilizamos kayaks especiales para travesía: largos, estilizados, utilizan timón y bañera. Tienen compartimientos para la carga. Se impulsan con una pala que tiene hoja de ambos lados.

Biotrek

Teléfonos: (0212) 347 6475 / (0416) 723 8271
Web: www.biotrek.com.ve
Correo: info@biotrek.com.ve, biotrek_ca@hotmail.com